



artículo

## Hacia una escuela virtual

Por Jacqueline Rivadeneira Jaramillo  
([jrivadeneira@tomasmoro.k12.ec](mailto:jrivadeneira@tomasmoro.k12.ec))

En este momento de grandes colapsos parece que nos enfrentamos al cambio más esperado en materia de sistemas de educación. Las ideas de cambio de paradigma educativo, irrupción tecnológica en el aula, enseñanza disruptiva, entre otras, tienen carácter realmente significativo ahora mismo. Efectivamente, los hechos actuales son hitos que nos hacen repensar en el rol de la escuela: sus posibilidades y limitaciones.

Hoy ha cambiado la educación y lo ha hecho para siempre. Las

consecuencias de la emergencia mundial han comprometido todas las planificaciones, acciones y reflexiones que hemos desarrollado en función de una estructura educativa conocida como clases presenciales. Ahora, las clases no

*Los estudiantes tienen un desafío mayor que el de todos nosotros: deben descubrir cómo sus prácticas son juzgadas y evaluadas en un entorno cambiante.*

se hacen en las escuelas, se dan y reciben desde las casas. La escuela viene a ser un encuentro que se da en medios virtuales, plataformas y recursos audiovisuales. Ha desaparecido la estructura física –ya no es necesaria–, al menos en estos momentos. Si la escuela está cambiando, vale la pena preguntarse: ¿estamos listos para este nuevo reto?

Países como Estonia en las últimas pruebas PISA se consolidó como líder de occidente, debido a su gran impulso en la inclusión de tecnologías en la educación



desarrolladas desde años atrás. Su desafío principal ha sido desplegar competencias en autonomía, dando lugar al país más digital del mundo. Sus líderes educativos todavía se cuestionan si esta transformación digital no solo es una reforma significativa, sino también un cambio en el discurso del sistema educativo.

Pero, ¿qué significa “cambio de discurso”? Si ellos, que se encuentran trabajando con este enfoque, se cuestionan... ¿qué nos espera en nuestra realidad ecuatoriana!, donde la enseñanza se debe demostrar con “sangre, sudor y lágrimas”, sin salirnos de la vocación que nos obliga a ser condescendientes con quienes tienen más experiencia.

Es posible que un cambio de discurso sea dejar pensar en la escuela como la hemos concebido hasta ahora; pensar que la escuela virtual es una nueva creación de

la pandemia del siglo XXI. De ser así, estaríamos ante una gran innovación.

Frente a esto, quizá podríamos reflexionar por qué Nueva Zelanda ha pensado en una educación obligatoria en forma digital y a distancia por medio de su proyecto COOL (Community of Online Learning), cuya expectativa es que los estudiantes se acrediten sin necesidad de pisar una escuela durante toda su vida. ¿Significa esto que el discurso nos acerca cada vez más a la desaparición de la escuela tal como la conocemos? Si fuese así, el reto estaría en establecer si la comunidad educativa mundial está lista para estos cambios de paradigma tan importantes para el desarrollo de la educación actual.

Por ahora, época de pandemia y posteriormente, nos toca enfrentar nuestra ingenuidad en cuanto a la perpetuidad de la escuela

*Es hora de reflexionar qué tipo de escuela se quiere para el futuro y hacer nuestras apuestas.*

como institución educativa tradicional, por medio de acciones improvisadas: sin modelos ni ejemplos, donde no hay una autoridad intelectual, académica, ética que oriente los mejores y peores escenarios. Nos manejamos desde la intuición y la imaginación que implica afrontar las adversidades de esta forma de educar.

Hoy los profesores y estudiantes somos otros. Hemos entendido que la relación con el aprendizaje es una suerte de carrera de obstáculos que son superados de forma individual y grupal, incluso familiar. Esta carrera se ejecuta dentro de una comunidad digital, cuyos recursos son utilizados con la confianza en una autonomía



*¿Significa esto que el discurso nos acerca cada vez más a la desaparición de la escuela tal como la conocemos?*

que todavía está en desarrollo. Por lo tanto, nos encontramos explorando los hilos de este tejido nuevo llamado escuela virtual. Contamos con que los maestros hacen con genuina convicción su trabajo, pensando que, si pudiéramos hacer algo mejor, seguramente lo haríamos. Con ello, ¿es posible rescatar la vieja escuela?; y, en este punto, ¿vale la pena?

Por otro lado, o quizá en el mismo lado, nuestros estudiantes, pequeños exploradores de redes sociales, no saben qué mismo es internet y cómo funciona una comunidad virtual. Pasaron de usar sus dispositivos electrónicos para entretenerse, a estudiar, comunicarse y cumplir con tareas académicas en horarios y con distintas exigencias, sin reflexionar que necesitan aprender a establecer lazos efectivos y afectivos en medio de una ética en construcción que implica pertenecer a una escuela virtual.

Ellos tienen, por lo tanto, un desafío mayor que el de todos nosotros: deben descubrir cómo sus prácticas son juzgadas y eva-

luadas en un entorno cambiante. Parece ser que la flexibilidad y la adaptabilidad son características indispensables tanto en ellos como en el resto de miembros de la comunidad educativa. Pero, ¿y su juicio? ¿Cómo lograr que puedan distinguir el hecho de que, en todas sus prácticas, efectivamente hay límites éticos? De ser así, ¿cuáles serían esos linderos de acción y quiénes tienen la autoridad para legislarlos?

Tampoco olvidemos que los padres, los representantes, están confundidos. No saben qué esperar de la escuela virtual que se les ha venido encima. Algunos se atreven a juzgar en comparación con la antigua práctica de la escuela tradicional. Otros quieren más horas de clases, más trabajos, más deberes. Demandan quizá mayor número de horas de sus hijos frente a una computadora. Reducción de pensiones y matrículas, como si con ello estuviésemos ante una mejor escuela. Creo que su confusión supera también su buen juicio. Aquí lo que queda es darnos tiempo. Tiempo para procesar toda esta nueva configuración de escuela. No vale la pena juzgar qué está bien o mal. No hay parámetros de medición, menos aún estándares de comparación. Finalmente, las instituciones educativas, construcciones antiguas que viven de las hazañas pasa-

das (sus buenos resultados), o de guerras bien libradas (crisis anteriores) se refugian en sus “buenas prácticas”, como la panacea del éxito asegurado. ¿Será suficiente esta postura para renovar la escuela con miras a un futuro incierto? Es hora de reflexionar qué tipo de escuela se quiere para el futuro y hacer nuestras apuestas. El incursionar completamente en la educación en línea como lo ha hecho Nueva Zelanda, o plantearse el trabajo con tecnologías en el aula dejando atrás el cuaderno y el lápiz, como el caso de Estonia. ¿Es posible tener un punto medio? No sabemos.

## Referencias

AIEDMX. (11 de mayo de 2018). *Educación en Estonia* [video]. Obtenido de: <https://www.youtube.com/watch?v=LZygACq1ts0>

Colectivo Insurgencia Magisterial. (12 de enero de 2017). *¿El primer día del futuro de la educación ocurrió en Nueva Zelanda?* Obtenido de: <https://insurgenciamagisterial.com/el-primer-dia-del-futuro-de-la-educacion-ocurrio-en-nueva-zelanda/>

OECD PISA. (2019). *PISA 2018: Insights and Interpretations*. París: OECD 2019. Obtenido de <http://www.oecd.org/pisa/>

UNESCO. (27 de abril de 2020). *El grupo de expertos internacionales de la UNESCO comienza a trabajar en la redacción de la primera recomendación mundial sobre la ética de la IA*. Obtenido de <https://es.unesco.org/news/grupo-expertos-internacionales-unesco-comienza-trabajar-redaccion-primer-recomendacion-mundial>

